



El Presidente francés puso en marcha un cambio en el sector laboral que no beneficia a los trabajadores, quienes ya iniciaron las protestas.

Macron y su “moderna” reforma laboral

El inquilino del Elíseo planea cambios en el sector del trabajo que otorga grandes poderes a las empresas

Por **MARYAM CAMEJO**

FRANCIA salta de nuevo a los titulares de los medios. Esta vez porque su recién electo presidente Emmanuel Macron, con el pretexto de querer eliminar el desempleo masivo, ha puesto en marcha cinco ordenanzas para transformar el sector laboral. Contrario a lo que dicen sus discursos y seguidores, esto solo puede conducir a un gran levantamiento de los trabajadores a nivel nacional, reacios a aceptar los niveles de poder que alcanzarán las empresas una vez que se implementen las medidas.

Sin debate parlamentario, “liberalizar y modernizar” son las palabras claves que se utilizan para hacerles propaganda a las ideas “macronistas”. Las propuestas del presidente liberalizan la posibilidad de un mayor desempleo, en aras de hacer eco a una supuesta modernización necesaria en Europa que no podrá darse mientras sigan sin resolverse los problemas provocados por las diversas crisis que sufre el continente.

La reforma otorga a la empresa más poder para negociar la jornada laboral, la política salarial y las con-

diciones de trabajo. En la práctica, profundiza la línea iniciada por François Hollande, reintroduciendo aspectos que el anterior mandatario suprimió, en aras de un consenso con los agentes sociales que no logró nunca.

Por un lado, se recortará de 24 a 12 meses el plazo necesario para presentar un recurso ante los tribunales contra un despido laboral, y se establecerá el techo de las posibles indemnizaciones por despido improcedente, que oscilarán entre un mes (menos de dos años de antigüedad) y 22 meses de salario (en caso de 30 años de antigüedad). En fin, que ahora dejar sin empleo a alguien en Francia les saldrá más barato a los dueños de empresas.

La reforma no modificará la jornada laboral legal de 35 horas semanales, pero se dará a las compañías un margen de maniobra para flexibilizar el horario y establecer el umbral a partir del cual se contabilizan las horas extraordinarias.

Algunos analistas consideran que para minimizar el efecto de las jorna-

das de protestas ya programadas por organizaciones sindicales, el Ejecutivo podría tener varios ases bajo la manga y hacer algunas concesiones, como dar más peso a los trabajadores en los consejos de administración.

Entre las líneas rojas de la reforma, está el hecho de que en las pequeñas y medianas empresas, los patronos podrán negociar directamente con los empleados, sin necesidad de participación sindical. Por tanto, los sindicatos seguirán siendo influyentes en el sector público, pero corren el riesgo de perder poder de convocatoria en el sector privado.

Además, se fusionarán todas las instancias representativas de personal. Los delegados sindicales tradicionales tendrán que cohabitar con otras instituciones de diálogo, como el comité de empresa, de higiene, seguridad, delegados de personal, etcétera. Diluir y fusionar la representatividad es un camino más para que los sindicatos pierdan autoridad e influencia.

Los decretazos peligrosos del presidente no solo les arrancan tareas importantes a los sindicatos, sino también contribuyen a que se pierda el respeto como organizaciones defensoras de aquellos que emplean su tiempo, hasta la última gota de sudor, para llevar comida a la mesa de su gente.

Como se conoce, otros intereses se mueven alrededor de la gestión presidencial. La Comisión Europea presiona para que Francia ponga punto final a la fama que arrastra desde hace décadas de país imposible de reformar. Si Macron quiere tener la credibilidad suficiente para liderar su ambicioso proyecto de “refundación” de la Unión Europea, tendrá que sacar adelante la ley que flexibiliza el mercado laboral.

Se repite una vez más la historia de la gran masa trabajadora, puesta en la difícil situación de exigir derechos cuando los más pudientes pretenden revocárselos. Es lo mismo de siempre.

Los trabajadores franceses esperan mejoras, no recortes, avances y progresos, no palabras vacías que les endulcen los oídos y les aumenten el hambre. ●